

SALUD Y LITERATURA

La literatura se suele cruzar con el tema de la salud. Evaristo Carriego, Roberto Arlt, Juan Carlos Onetti y Juan José Saer, son algunos de los autores que poblaron sus ficciones de personajes abatidos por la tuberculosis o la locura.

Silvina Frieria

Periodista, trabaja en la sección Cultura y Espectáculos del diario *Página/12* desde el año 2000. También ha publicado en distintos medios gráficos como las revistas “*N*”, “*Puentes*”, *Celcit*, del Teatro San Martín y “*La Balandra*”.

La literatura del Río de La Plata del siglo XX, bajo una suerte de influjo residual del romanticismo, no escapa a una enfermedad paradigmática: la tuberculosis. “Hoy ha tosido mucho. Van dos noches/ que no puede dormir, noches fatales,/ en esa oscura pieza donde pasa sus más amargos días, sin quejarse./ El taller la enfermó, y así, vencida/ en plena juventud, quizá no sabe/ de una hermosa esperanza que acaricie/ sus largos sufrimientos de incurable”. Así empieza el poema “Residuo de fábrica”, de Evaristo Carriego; versos que demuestran que la enfermedad ya no es considerada hereditaria, como sucedió en buena parte del siglo XIX, sino una afección propia de la clase trabajadora. La atribución de “clase” de la tuberculosis excluye del campo de la salud a las obreras y costureras, víctimas terminales en el altar de un capitalismo que aceita el engranaje del saqueo y la explotación, para terminar sacrificando a los pobres con una dolencia que por entonces era incurable.

Los tentáculos de la muerte no sueltan al tuberculoso, que deviene condenado y marginado social por la aprensión que acicatea la idea de contagio. La tuberculosis, como lo ha afirmado la escritora norteamericana Susan Sontag, es un exilio del reino de los sanos. Luisa, la esposa y madre de dos hijos pequeños, en la obra de teatro *Los derechos de la salud* (1907) de Florencio Sánchez, sabe que la tuberculosis la llevará inexorablemente a la tumba. Aunque todos le ocultan la enfermedad, ella intuye o sabe lo que tiene, aunque a veces experimenta la esperanza de curarse, alentada por el médico y su familia. En medio de los avatares de su padecimiento, Luisa rechaza la conmisericordia de su marido, Roberto, y de su hermana Renata, que poco a poco se van enamorando.

En “Ester Primavera”, cuento de Roberto Arlt incluido en *El jorobado* (1933), el personaje principal –a quien sólo conocemos por el nombre de “Siete”– relata su experiencia en un sanatorio para tuberculosos llamado “Santa Mónica”, un lugar que remite a las sierras de Córdoba.

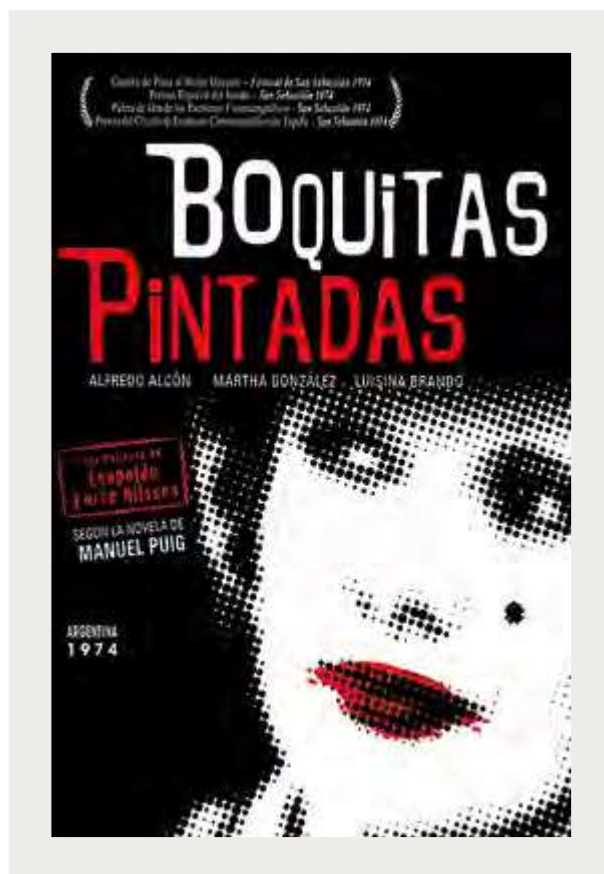


Narrado en primera persona, “Siete” ha dejado a Ester, una mujer con la cual tuvo una relación sentimental. En el imaginario social y discursivo, el tuberculoso es un individuo inmoral, canalla y mezquino. “He pensado muchas veces que en esa época se estaba iniciando en mí la enfermedad, y esa malignidad que revelaba en todos mis actos debía de ser la consecuencia de un desequilibrio nervioso, ocasionado por las toxinas que segregaban los bacilos -cuenta “Siete”-. Lo malvado, estacionado en todo hombre, al envenenarse la sangre se enriquece de impulsos oscuros, en un como odio retenido y del cual es consciente el enfermo, lo que no le impide dejarlo ramificar en su relación con los otros. El acto va acompañado de un placer agrio, una especie de desesperación mórbida”.

“Los tentáculos de la muerte no sueltan al tuberculoso, que deviene condenado y marginado social por la aprensión que acicatea la idea de contagio”.

La certeza más arraigada en el pensamiento de los enfermos, Arlt la expresa en una frase que va al hueso del asunto: “Y la vida y la muerte hay momentos en que nos parece que valen menos que la colilla del cigarrillo que fumamos tristemente”. Los pacientes hacen apuestas sobre los que están moribundos en la sala. Se juegan paquetes de cigarrillos para ver quién acierta la hora en que morirá uno que agoniza. El narrador de la novela *Los adioses* (1954), del uruguayo Juan Carlos Onetti, presenta una “anomalía” o un privilegio, según la perspectiva que se quiera adoptar. El almacenero ha sobrevivido a una enfermedad mortal (tuberculosis) y puede predecir la curación o el deceso de cada enfermo con el que se cruza. Pero esa condición especial también lo envilece al recrear sus historias bajo el imperativo de una imaginación retorcida. Lejos de la idea de estetizar la muerte, Onetti y Arlt se libran de la tentación de la seducción de la enfermedad y prefieren retratar las cuestiones más humillantes de la tuberculosis.

Boquitas pintadas (1969), la novela de Manuel Puig, cristaliza el cambio de paradigma y representación: la tuberculosis se convierte en una enfermedad “burguesa”,



Boquitas pintadas. Afiche del largometraje de Torres Nilson sobre la novela de Manuel Puig.

que se cobra víctimas entre las clases medias de pueblos y grandes ciudades. La creencia es que la enfermedad ataca a aquellos que experimentan una vida disipada, visión que le calza como anillo al dedo del protagonista, Juan Carlos, un joven de clase media de un pueblo llamado Vallejos, que se relaciona con varias mujeres y tiene fama de trasnochador serial en fiestas y juegos. La medicina simboliza el poder punitivo que castiga y amenaza, que busca “corregir” el desvío. La recomendación del médico que atiende a Juan Carlos Etchepare es el ejemplo más significativo: “che pibe, vos estás delicado, no te pasés de hembras porque vas a sonar, tratá de reducir la cuota, ya no te lo digo más, la próxima voy y como médico de la familia se lo digo a tu vieja”. Desde una lectura de género, el sistema médico es patriarcal y machista porque la mujer aparece como un problema para el tuberculoso, es presentada como la principal culpable, la correa de transmisión de la enfermedad.

El maltrato de la institución médica se materializa en el cuerpo y la mente de los enfermos. “Curar no se cura nadie (...) cuando se desocupa una cama es porque alguno se murió”, le explica Juan Carlos a su novia Nené en una carta. “Tenés que ver las cosas que se ven en este sanatorio (...) Hay hasta gente que se está muriendo (...) y acá me las tengo que aguantar yo, por ahí me voy a enfermar de veras de mala sangre que me hago.

Si dejo que me controlen en todo voy listo, porque no te dan sogá para nada, porque entre tantos médicos se hacen un lío en el mate y no se acuerdan si sos enfermo grave o qué, y al final tratan a todos igual para no errarla, te tratan como si mañana mismo fueras a estirar la pata”.

La política se inscribe en los cuerpos, en el individual como en el social; cuerpos que están imbuidos de relaciones de poder y de dominación. En *El niño proletario* (1973) Osvaldo Lamborghini indaga acerca de la manera en que el lenguaje médico se impone como un sistema de diferenciación del otro. “Desde que empieza a dar sus primeros pasos en la vida, el niño proletario sufre las consecuencias de pertenecer a la clase explotada. Nace en una pieza que se cae a pedazos, generalmente con una inmensa herencia alcohólica en la sangre. Mientras la autora de sus días lo echa al mundo, asistida por una curandera vieja y reviciosa, el padre, el autor, entre vómitos que apagan los gemidos lícitos de la parturienta, se emborracha con un vino más denso que la mugre de su miseria”. El cuerpo del niño proletario representa una mancha en el mapa del gran cuerpo social.

¿Qué es lo “normal-anormal”? ¿La razón y la “locura” son dos categorías en espejo? En *Las nubes* (1997), Juan José Saer narra el peregrinaje del doctor Real, discípulo del psiquiatra Weiss, quien en 1802 funda la primera clínica psiquiátrica en todo el territorio americano: la Casa de Salud. El doctor Real es el responsable de llevar a cinco locos a la Casa de Weiss, desde Santa Fe hasta Buenos Aires, en 1804, antes de las Invasiones Inglesas y de la Revolución de Mayo. Una caravana de 36 personas -integrada, además, por baqueanos, soldados y prostitutas- atraviesa la pampa y trata de salir indemne de diversas complicaciones que surgen en el camino. “Mi conciencia, rebelde, persistía, susurrándome: si este lugar extraño no le hace perder a un hombre la razón, o no es un hombre, o ya está loco, porque es la razón lo que engendra la locura”, reflexiona Real. La réplica de Weiss no se hace rogar: “Entre los locos, los caballos y usted, es difícil saber cuáles son los verdaderos locos. Falta el punto de vista adecuado. En lo relativo al mundo en el que se está, si es extraño o familiar, el mismo problema de punto de vista se presenta. Por otra parte, es cierto que locura y razón son indisolubles”.

La Casa de Salud introduce un espacio que hasta ese momento no disponía ni de nombre ni de lugar. “Las familias ricas no sabían qué hacer con sus locos (...) por proteger su propia reputación, no se resignaban a dejarlos errar por las calles como lo hacen los pobres con los suyos”. Para la ciencia, el “loco” encarna un enigma, pero para sus familias es un problema porque no saben qué hacer con él.

No hay vestigios románticos en la indagación de la locura, como si sucedió con la tuberculosis: las enfermedades mentales son espantosas; hay que escapar de la locura porque molesta y perturba. Desde el comienzo de *Las nubes*, el lector sabe la suerte que corrió esa clínica psiquiátrica con la Guerra de la Independencia. El doctor Real afirma: “los revolucionarios nos acusaban de realistas y los realistas de revolucionarios”.

A esa posición incómoda se añade otra materia crucial: son acusados de “espías” por haber obtenido autorización de la corona para instalar esta institución psiquiátrica. Los doctores deciden huir antes de que los maten, la casa queda abandonada y los enfermos se dispersan.

En *Las nubes* (1997), Juan José Saer narra el peregrinaje del doctor Real, discípulo del psiquiatra Weiss, quien en 1802 funda la primera clínica psiquiátrica en todo el territorio americano.

El problema de la mirada -lo que no se quiere ver porque resulta aterrador- lo formuló el poeta Jacobo Fijman, que murió internado en el Hospital Borda, en un diálogo que mantuvo con Vicente Zito Lema en 1968, dos años antes de su muerte: “Soy un poeta que ya no busca las palabras, sino el verbo; pero para los médicos y los jueces, para su cruel simpleza, sigo siendo un enfermo mental. Sin embargo, para mí, la sociedad en su conjunto está trastornada. Gran parte de la gente padece de problemas mentales, en especial los psiquiatras, los gobernantes, los hombres del poder.

¿Es que alguien sabe lo que es el alma, lo que es el intelecto? ¿Es que alguien ama a su prójimo como a sí mismo? Los que ven a un preso, ¿miran al preso? Los que vienen al hospicio, ¿miran al loco?”.

Los cuerpos enfermos son excluidos de la mirada, como si el sufrimiento fuera la peor peste. “El dolor busca siempre la causa de las cosas -dijo el escritor austriaco Stefan Zweig-, mientras que el bienestar se inclina a estar quieto y no volver la mirada atrás”. ■